

CAPITULO XVII.

De los Césares, y persecuciones de la Iglesia.

EL Romano Imperio tuvo su origen de Julio César, quarenta y seis años ántes del nacimiento del Mesias: murió este célebre fundador de tan gran Monarquía, de cincuenta y seis años de edad, y quatro de su Imperio, á la violencia de veinte y tres puñaladas, que le dieron en el mismo Senado.

Sucedióle Oñaviano Augusto, en cuyo tiempo se extendia el Imperio Romano por el Oriente, hasta la India: por el Medio día, hasta la Etiopia: por el Aquilon, hasta los Sármatas; y hasta el Oceano Británico, por el Ocaso.

Este César se gloriaba al tiempo de morir, de que habiendo hallado á Roma de ladrillo, la dexaba reedificada de mármol, y habitada por quatro millones y sesenta mil Ciudadanos Romanos.

Por muerte de Augusto, tomó las riendas del Imperio Tiberio, hombre á la verdad cruel, vicioso, y tan disimulado, que al que amaba, le manifestaba el mayor aborrecimiento, y al que no queria ni estimaba, las mas finas expresiones de un verdadero amor de benevolencia: por eso llevaba por divisa: *Nescit regnare, qui nescit dissimulare.*

Suplicaba á este César un cierto Romano, á quien mandó quitar la vida, lo matase de una vez, y no lo hiciese padecer tanto; y le respondió: aun no soy tan amigo tuyo como eso. Otro, por no caer en manos tan crueles é iniquas, se quitó á sí mismo la vida, lo que sabido por Tiberio, dando una gran voz, dixo: escapóseme.

Estando este Emperador en Rhodas, fué á visitar á Diógenes Gramático, para saber de él cierta dificultad filosófica; mas el hinchado Filósofo le dixo, que volviese á los siete dias, y tratarían sobre la materia: ofrecióse despues á Diógenes pasar á Roma, á conferenciar con Tiberio sobre un negocio de grande importancia, y al pedir la audiencia, le respondió, que volviese á los siete años, y le oiría.

Este indigno Gefé del Imperio Romano, hizo Pretór de Syria á Pomponio Flacco; Prefecto de Roma á Lucio Pison, y Questór á Sexto Claudio, por el sobresaliente mérito, de haber estado los primeros dos dias con su noche intermedia, bebiendo y glotoncando con él, y haberse bebido el último en una cena indecente á que lo convidó, un cántaro de vino.

Aunque Dion y Tácito discrepan en el año, pero concuerdan en la noticia de haberse visto en Roma un Ave Fenix, imperando Tiberio César; el que por último desterró de la referida Ciudad á todos los Astrólogos, y abolió la oficina donde se labraba el cristal, que se inventó por aquellos tiempos, para que el oro y la plata no perdiesen su estimacion y valor.

Cayo Calígula, deseaba que el Imperio Romano tuviera solo una cabeza, para cortarla de un solo golpe, y acabar con él: era tan estúpido y necio, que intentó borrar de la memoria de los hombres, los monumentos literarios de Homero y Tito Livio.

El Emperador Claudio, casado con la infame Mesalina, empleó treinta mil hombres en desaguar el Lago Succino; y rompiendo al cabo de once años de trabajo los diques, hizo aquel torrente de aguas tales estragos en su tránsito y comarcas, y el ruidoso estruendo de sus corrientes fué tan espantoso, que pensaron morir de

témor y sobresalto, él y su nueva Esposa Agripina. Nerón, aquel hombre tan piadoso y clemente en sus primeros años, que trayéndole á firmar una sentencia de muerte, exclamó diciendo: ¡Oh y quien no supiera escribir, para no aprobar semejante desgracia! Este Nerón, vuelvo á repetir, fué el que declaró la primera persecucion á la Iglesia, el año undécimo de su Imperio, y sesenta y quatro de Jesuchristo Señor nuestro.

Preguntó este Emperador á un Tribuno llamado Flavio, porqué se habia conjurado contra él, y le satisfizo diciendo: ántes te estimaba en mucho; pero despues que mataste á tu Madre y á tu Muger, te has hecho Carretero y Representante de Comedias; y has abrasado á tu Patria, para ver un espectáculo semejante al de Troya (echando despues la culpa á los Christianos); despues de todo esto, vuelvo á decirte, te has hecho digno del aborrecimiento y desprecio de todos los hombres. Ebor.

Este sanguinario y monstruoso hombre, mandó quitar la vida al Filósofo mas sabio de su siglo, que fué su Maestro Séneca, el qual habló poco ántes de morir estas últimas palabras:

Cura, labor, meritum, sumpti pro munere honores;

Ite, alias posthac sollicitare animas.

Me procul à vobis Deus evocat; illic actis

Rebus terrenis; hospita terra, vale.

Corpus vvara tamen, solemnibus accipe saxis;

Namque animam Coelo redimus, ossa tibi.

Habiendo dado el Emperador Vespasiano una Prefectura á cierto mancebo Romano, fué éste á darle las gracias, y advirtiéndole el Príncipe al aproximársle, que despedia de sí diversos olores y perfumes, le revocó la

gracia, y arrojó de su presencia con grande enojo, diciéndole mas bien quisiera, que olieras á ajos. Eboense.

El Emperador Tito, á quien llamaban las delicias del género humano, habiéndosele pasado un dia sin haber hecho alguna gracia, ó concedido algun beneficio, advirtiéndolo á la noche, dixo á los que le acompañaban: Amigos, he perdido este dia.

Este mismo Emperador, fué el que destruyó á Jerusalén, en cuya scena perecieron un millon y cien mil Judíos, y se vendieron públicamente al mismo tiempo ochenta mil por un precio el mas infimo.

Domiciano, aquel Emperador tan humano en sus principios, que evitaba la ocurrencia de aquellos lugares donde se mataban Bacas y Carneros, por no ver sangre derramada, vino á ser despues una porcion de Neron, como lo llama Tertuliano; pues declaró la segunda guerra á la Iglesia, en la qual, si Nerón dexó á Roma pobre de casas, éste la dexó pobre de Ciudadanos nobles: en ella fué arrojado San Juan Evangelista en una caldera de aceyte hirviendo.

Este insensato Emperador, andaba siempre en su aposento con una ballestilla en la mano cazando moscas; por lo que, preguntado cierta ocasion un Paje suyo, quien estaba con el Emperador; respondió con donaire: ni una mosca. Sabel. lib. 2.

Motejaban al Emperador Nerva, el nombramiento de un César extrangero, como lo era Trajano; y respondió, que la virtud debía anteponerse á la nobleza Romana.

Este referido César, que entró á imperar el año 98 del Señor, movió la tercera persecucion contra la Iglesia, en la qual murieron por la Fe San Simon Obispo de Jerusalén, é hijo de Cleofas, y San Ignacio Obispo

de Antioquia. Tuvo este Emperador una hija, llamada Santa Croccla, natural de la Ciudad de Itálica en España, como refiere el Menologio Griego.

Al Emperador Trajano llamaban la Yerba Parietaria, por quanto en todas las obras magnificas con que adornó á Roma, ponía el mayor esmero, cuidado y diligencia, en que quedase grabado su nombre en todas ellas.

El Emperador Adriano separó el Reyno de Escocia del de Inglaterra, por un muro que mandó fabricar de ochocientos mil pasos.

Llegóse una Vieja á este Emperador á pedirle justicia; mas preocupado él en asuntos de gravísima importancia, le dixo, que no tenia lugar para oírla: pues dexad el Imperio, replicó ella, si no teneis tiempo para hacer justicia á los Vasallos que os la pidan.

Trataban delante de Adriano, de cierto hombre, con quien habia tenido ántes de su coronacion diferencias pesadissimas, á lo que él contextó diciendo: escapadóseme ha; dando á entender en tan breves palabras, que no convenia vengar á un Príncipe, los agravios recibidos como Persona privada.

Supo Adriano la Arithmética, la Geometría, la Pintura y la Astrología. Escribía, y daba que escribir, ó dictaba al mismo tiempo, y era en realidad uno de los Hombres sabios que tenia Roma; pero tan lleno de vanidad y de soberbia, que era suficiente delito para perder la vida, el aventajarse á este Emperador en qualquiera ciencia. *Enig. lib. 8.*

Preguntó Antoniano Pio á cierto Caballero Romano, en cuya casa entró para visitarlo, como tenia aquellas columnas de pórfido, que eran propias y peculiares de los Palacios de Emperadores, á lo que satisfizo con

prontitud: en la casa agena, debe ser el huésped ciego, sordo y mudo.

La quarta persecucion de la Iglesia, se verificó imperando Marco Aurelio y Lucio Vero, en cuyo tiempo, todo el orbe fué teñido con la sangre de los Christianos: entre los infinitos que padecieron martirio, se numeran San Justino, San Policarpo Obispo de Esmirna, y San Fotino.

El Emperador Conmodo, fué un hombre tan cruel y brutal, que mandó degollar á un Romano, porque lo hallaron leyendo la Vida de Calígula escrita por Suetonio; y quando este infeliz sentenciaba á muerte á los hombres, mandaba abrirlos de arriba á abaxo en su presencia, para deleytarse en lo que á otros causaría horror y el mayor espanto.

Septimio Severo, electo Emperador á fines del segundo siglo, fué tanta la cristiana sangre que derramó, que corrían rios de ella por las plazas públicas; llegando á pensar los Christianos en tan atroz y cruenta persecucion, que estaba próximo el Antecristo, y por consiguiente el fin del mundo. Lograron entónces la corona del martirio Santa Perpetua y Felicitas, Leonidas Padre de Orígenes y San Irenéo. Llegándose la hora de la muerte á este Emperador, dixo: todo lo fuí, y nada me aprovecha.

Antonino Caracalla, era un Príncipe tan bárbaro, que llamaba á las letras peste pública. Habiendo éste quitado la vida á su hermano Geta, le aconsejaban los Amigos, que para calmar el sentimiento de los afectos al difunto, lo pusiese en el número de los Dioses, á lo que satisfizo diciendo: en buena hora sea Dios, como no viva entre Nos.

Alexandro Severo, hijo de Mammea (muger

Christiana en sentir de muchos) fué un Príncipe excelente, y tan justiciero, que á un Soldado que apealó á su Huésped, lo castigó dándoselo por esclavo: era al mismo tiempo tan moderado, que ofreciéndole títulos honorosos, como el de Magno, Hermoso, Pio, y otros muchos, que leemos en las Historias tan mal empleados, los rehusó diciendo, que los aceptaría, quando sus obras los hubiesen merecido.

Este Emperador, prohibió se vendiesen los Magistrados, por ser imposible decia, que dexé de vender el que compra, y no puede el Príncipe castigar al que vende lo que compró.

La sexta persecucion y muy grave contra la Iglesia, la movió Maximino, y duró todo el tiempo de su Imperio, que fueron tres años; en los quales se destruyeron todos los Templos christianos, que se construyeron reynando Alexandro Severo: fué un hombre tan gloton y voraz, que se comía al dia sesenta y quatro libras de alimento, y se bebia una cántara de vino; y tan inhumano al mismo tiempo, que encerraba á los hombres dentro de Bueyes muertos, dexándoles fuera la cabeza, para que viviendo, fuesen comidos de los gusanos que se criaban dentro del animal muerto.

La séptima persecucion del Christianismo, se verificó imperando Decio, á mediados del siglo tercero: lograron tantos Fieles en ese tiempo la corona del martirio, que solo es conocido por Dios su número: tuvo por Muger este malvado hombre á Santa Tryfonia, Sol hermosísimo en medio de las tinieblas de aquel Palacio.

Galo y Volusiano continuaron la persecucion de Decio, expidiendo un edicto cruel, por el qual se mandaba á todos los Christianos, que sacrificasen á los ido-

los: murieron por la Fe en ese tiempo tan calamitoso, los Santísimos Pontífices Cornelio y Lucio.

Engañado Valeriano poco tiempo despues, por un Mago Egipcio llamado Macriano, declaró la nona persecucion á la Iglesia, mandando, que todo Obispo, Sacerdote y Diácono fuesen muertos al instante, y que experimentasen la misma pena y rigor todos aquellos, que no negasen á Jesuchristo. Volaron al cielo en esta persecucion San Sixto, San Lorenzo y San Cipriano.

A esta desventurada criatura, sucedió en el Imperio su hijo Galieno, el qual restituyó la paz á la Iglesia; mas en su tiempo treinta Tiranos desmembraron el Imperio Romano, y él con sus hijos fué muerto el año 260 de Jesuchristo.

Por muerte de Galieno subió al Trono Aureliano, á quien llevándole á vender un Caballo, que corría en un dia cien mil pasos, y verificaba lo mismo el espacio de una semana, dixo al Vendedor: semejante Bestia llevadla á un Caballero cobarde, y no al valiente, que reputa la fuga por gran deshonra.

Un Soldado de su Exército, injurió gravemente á su Huésped, y noticioso Aureliano de la tragedia, mandó atarlo por los pies á dos árboles reclinados con violencia, y que verificado eso, los soltasen despues, para que cada uno se llevase tras sí la mitad del cuerpo.

La décima persecucion de la Iglesia, y la mas cruel que se ha visto jamas, fué la de Diocleciano, y Maximiano Herculeo, llamado así, porque se jactaba descender de Hércules: reynó el primero 21 años, y 19 el segundo.

En tiempo de estos monstruos, y sucesores Galerio y Maximino, ataban en la Tebayda á árboles inclinados con violencia, á las Muger Christianas, para des-

pedazarlas del modo que queda dicho: á muchas colgaban en lugares altos, totalmente desnudas: á otros, que permanecían constantes en la Fe, los desollaban vivos, los arañaban con uñas aceradas, y abiertos los cuerpos hasta las entrañas, los ponían en calabozos obscurísimos, recostados sobre pedazos de tejas.

En Alexandria, cortaban á los Católicos manos, pies, narices, labios y orejas, y les dexaban para mayor tormento y afrenta la vida; y á otros asaban como si fueran Cabritos.

En el Ponto y Capadocia, ponían á los Santos cañas delgadas entre la carne y las uñas; les echaban plomo derretido por la boca; á muchos de ambos sexos, atravesaban de abaxo á arriba con fierros encendidos; apretaron á infinitos en prensas con unos tornillos, hasta dexarlos hechos tortillas; tendidos en la catasta, los estiraban hasta alargarles la estatura una quarta: los ponían en el eculo ó potro de madera, y tiraban con tornos, hasta abrirlos medio á medio: aplicaban planchas y hachas encendidas á sus pechos, vientres y costados: los arrojaban á los Leones, á las Vírgenes abrian por medio, y sacadas las entrañas, llenaban el vacío de cebada, y las echaban á los Puercos, para que se las comieran: los desterraban, hacían morir de hambre, y les cortaban las cabezas; cuyas crueldades causaron tanta aflicción en el espíritu de Santa Serena, una de las Mugeres de Diocleciano, que vinieron por último á quitarle la vida.

Causa verdaderamente horror y espanto, leer los fines tan desgraciados de todos ó los mas enemigos de Jesuchristo y de su Iglesia; pues aquel Herodes, que por odio al Señor de los Angeles y de los hombres, degolló á los Inocentes, dentro de sí se abrasaba vivo, se le hincharon las piernas, arrojaba por el vientre los gusanos,

despedía un hedor intolerable de su cuerpo, se le encogieron los nervios, y tiró á matarse con un cuchillo, para evitar aquellos terribles dolores, que le abrieron la puerta para los Infernos.

Herodes Antipas, aquel Rey impío, que por petición de Herodías cortó la cabeza al Bautista, fué desterrado á Leon de Francia, donde en compañía de su adúltera, murió embuelto en las mayores miserias y desdichas. Herido por un Angel el otro Herodes Agripa, que degolló al Patron de las Españas, murió comido de gusanos, y aterrando á los circunstantes con los gritos que le ocasionaban sus dolores espantosos y terribles; y Anás, Cayfás y demás Príncipes, que votaron la muerte del Señor de los cielos, después de gravísimas persecuciones, les quitaron las dignidades, las haciendas, y después las vidas. *Euseb. lib. 2. cap. 7. Niceph. lib. 2. c. 10.*

Nerón se mató á sí mismo: á Domiciano le quitaron la vida en su mismo aposento: Septimio Severo pidió veneno para matarse, por hacersele intolerables los dolores de la gota, con que lo afligia el cielo: en una gran laguna murió ahogado el Emperador Decio: Máximo, despedazado por sus Soldados: Valeriano, desollado vivo por Sapór, Emperador de los Persas: Galieno, atravesado con puñales en Milan, y del mismo modo Aureliano cerca de Heracléa: ladrando como un Perro Diocleciano, hediondo y comido de gusanos, entregó el alma al Demonio: su compañero Maximiano fué despedazado en Marsella, por orden de Constantino: Maximino acabó la vida consumido por un fuego invisible, que lo abrasaba, y dexaba desnudos de carne sus huesos: Constantino el Grande mandó degollar á Licinio: Saturnino, quedó ciego; y Juliano Apóstata atravesado con una lanza por San Mercurio. *Chron. Alex. S. Ciprian. Apolog*

cont. Demet. Euseb. lib. 7 & 8. Hist. cap. 13 & 30. Niceph. cap. 20. Soc. lib. 1. cap. 4. Sozom. lib. 1. cap. 7.

Constantino, hijo de Constancio Cloro, y de Santa Elena, dividido el Imperio entre Licinio y Máximo, obtuvo las Galias, las que gobernó tan discreta, justa y desinteresadamente, que quando celebraba un bonvite, pedia vasos prestados.

Este mismo Emperador fué el que dió la paz universal á la Iglesia, despues que se convirtió á la Fe de Jesuchristo, y lo bautizó San Silvestre en Roma, año de 324. Vivió 63, y fundó la Ciudad de Constantinopla.

Viendo Juliano Apóstata á Pigmenio, Sacerdote Romano y ciego, á quien ántes habia conocido y tratado, le dixo con un modo burlesco: gracias doy á los Dioses, ó Pigmenio, porque te veo; y yo las doy á mi Dios, respondió el santo hombre, porque no te veo. *V. Bed. in Mart.*

Dió el referido Juliano facultad á los Judios para reedificar el Templo de Salomón; pero las llamas, que despedían los cimientos, impidieron la obra.

Era este Emperador un hombre tan insensato, y de unas acciones tan propias y peculiares de un loco, que se podían alquilar balcones por oírlo hablar con el Sol, cuyo culto, juntamente con el de los ídolos, procuró extender en el Romano Imperio por los medios mas execrables é iníquos, hasta llegar al extremo de quitar á la Juventud para el efecto, el estudio de las buenas letras, lo que movió á San Gregorio Nazianzeno á escribir en verso.

Pidieron los Godos al Emperador Valente, un Doctor de la Religion Christiana, para que los instruyese en los Miserios del Catolicismo, y les envió un malvado Ministro Arriano, por cuya gravísima injuria y lamenta-

ble perjuicio, permitió Dios fuese quemado vivo en una casa de campo, por aquellos mismos á quienes entregó al incendio de la heregia.

El Emperador Teodosio el Grande, gobernándose por los consejos de San Ambrosio, y de un Santo Anacoreta llamado Juan, remedió los estragos, que ocasionó en el mundo el furioso Juliano Apóstata, extirpó la idolatría, logró insignes victorias, é hizo obras tan grandes y prodigiosas, que su memoria será siempre respetable en la Iglesia.

Este grande Hombre fundó la Universidad de Bólonia; Teodosio el Joven, su nieto, la de Constantinopla; y el Emperador Carlos Magno, las de Padua y Pavía.

Quexábase á Dios cierto Monge, de que hubiese permitido su divina Magestad ocupar el Trono de Oriente á un hombre tan malo como Focas, y le respondió por un Angel, no haberse hallado otra criatura peor, ni mas digna de regir á un Pueblo cargado de pecados.

Muertos los valerosos Generales Belisario y Narsetes, comenzaron los Godos á desmembrar el Imperio Romano; y con su Rey Ataulfo se apoderaron de España el año quatrocientos quince de la Era vulgar, hasta que el setecientos trece fué ocupada por los Moros.

A principios del siglo 11, mandó el Emperador Basilio sacar los ojos á quince mil Búlgaros, dexando en cada centenar un tuerto, para que los conduxese á su Reyno.

El Imperio de Oriente cayó en manos de los Franceses, confederados con los Venecianos, año de 1204; y habiéndolo obtenido los Latinos poco mas de 57 años, vino últimamente á perderse por la suma libertad y pecados de los Christianos.

Finalizando el siglo décimotercio, Osmán, oriundo de la Misia, dió principio al Imperio Otomano, el que aumentaron despues con increíble celeridad sus nietos Amurates y Bayazetes: á este último encerró en una jaula el gran Tamerlán de Persia, para que sirviese de diversion á las gentes, y aun se servia de él como de estribo para montar á caballo: dos hijos del referido Emperador de los Persas, dieron principio al dilatado Imperio del Mogól, y Reyno de Samarchanda.

Edgaro, Rey de la Gran Bretaña, era tan pacífico, que no consintió durante su vida Corsarios en el mar, ni Ladrones en la tierra; y aun á Guidualdo Rey Gualdrense, pedia por tributo anual trescientos Lobos, con el fin de que hasta las ovejas viviesen quietas y en paz. *Surio tom. 3.*

Alfredo, Rey de Inglaterra, dividia las veinte y quatro horas del día de este modo: las ocho primeras las empleaba en leer, escribir y meditar: las ocho subseqüentes en la administracion y gobierno de su Reyno; y las ocho restantes en el cuidado de su cuerpo y demas necesidades de la vida.

Preguntó á un Rey de Sicilia cierto Privado suyo, porqué no permitía le sirviesen á la mesa otros vasos que de barro; á cuya curiosidad respondió Agatocles: para no ensoberbecerme, sino vivir humilde, acordándome que mi Padre fué Alfaharero.

Quisieron saber del Rey Don Alonso de Nápoles ciertos Palaciegos, quales eran los Consejeros que mas le agradaban, y les respondió: los libros, porque sin temor y lisonja nos dicen lo que conviene é importa.

Quando Misa San Eduardo Rey de Inglaterra, mostró de repente un rostro alegre y festivo, y preguntada la causa, respondió: en esta hora se ha hundido en

el mar con 40 navios, Frontón Rey de Dinamarca, que venia á quitarnos el Reyno y la vida.

No pudiendo tomar á Coria el Rey Don Juan de Portugal, que hacia guerra en España á fines del siglo 14: De verdad, dixo, que han hecho falta aquí los Caballeros de la Mesa redonda: hay está, respondió el valeroso Vasconcelos, Martin de Acufia, Gonzalo Bazquez y Pacheco, en nada inferiores á Galván, Tristán y Lanzarote; y vedme á mí por último, que valgo tanto como qualquiera de ellos: lo que aquí verdaderamente falta es, el Rey Artus su Señor; lo que oído por el Rey, lo echó á risa, y todo se acabó.

Enrique octavo, hombre avariento, cruel, y el mas lascivo de su tiempo, repudió á su legítima Muger Doña Catalina, por casarse con la impudente Ana Bolena, á quien por adúltera é incestuosa mandó ahorcar despues: perdió la Fe Católica en aquellos Reynos, negando la obediencia al Papa, y declarándose suprema y única cabeza de la Iglesia Anglicana: inferid pues, Jóvenes, que catálogo de escándalos, muertes, alborotos, y portentosos sucesos no se originarian del gobierno de semejante cabeza.

CAPITULO XVIII.

Sentencias y casos raros de los Padres del Termo.

EN el siglo quarto de la Iglesia, imperando Constantino el Grande, se dió principio á la vida Monástica: fueron sus Fundadores, San Pacomio, el qual fundó los primeros Monasterios en el Egipto; S. Antonio Abad en la Armenia, Scytia, Nitria y ambas Tebaydas; San

Hilarion en Palestina, S.S. Basilio y Atanasio en la Grecia; de cuyas Congregaciones salieron hombres sin número ilustres en santidad, literatura y milagros.

El año 251 del Señor, gobernando Decio el Imperio Romano, horrorizado San Pablo de los tumultos, persecuciones y pecados en que hervía el mundo, se retiró á vivir en los desiertos, en los que permaneció casi un siglo, sin conocer á hombre alguno; hasta que llegado el término de su peregrinacion, dirigió Dios á su cueva al grande Antonio, para que diera sepultura á su cuerpo en una fosa, que abrieron con sus uñas dos Leones.

Se quejó el Demonio al grande Antonio de que los hombres lo maldecian á cada instante, y refundian en él todas las maldades del mundo: razon, tienen en eso, dixo el Santo, pues eres la causa de todos los pecados del universo: mienten, le replicó el infernal Espíritu, pues sin acordarme muchas veces de ellos, se dexan llevar de sus pasiones, y cometen los mayores excesos.

Son sentencias del mismo San Antonio, que las obras, de virtud tienen mas facilidad, que muestran; y que no piense el Religioso ó Religiosa, que hizo mucho en dexar el mundo, porque tarde ó temprano, todos lo han de dexar.

Solia decir este Anacoreta insigne, que este mundo era muy semejante á una casa de Locos, donde unos lloran, quando otros rien; y muchos cantan, quando otros mueren.

Vió al mundo en cierta ocasion el Abad Antonio, todo cubierto de lazos y de peligros; y atónito con la vista de semejante espectáculo, preguntó al Señor, quien sería aquel hombre feliz y dichoso, que podría andar con seguridad, y escaparse de tantos lazos del Demonio, y oyó una voz del cielo, que decia: los humildes.

Conversando San Antonio con San Pablo, el primer Eremicola, vino un Cuervo con un Pan entero en el pico, y lo depositó en manos del referido San Pablo: setenta años hace, dixo entónces este venerable Anciano, que recibo cada dia medio Pan para mi sustento; pero con tu venida, ha multiplicado á sus mil Soldados la racion mi Señor Jesuchristo.

Mandó el célebre San Antonio á su Discípulo Pablo el Simple, que lanzase á un Demonio del cuerpo de cierto hombre: fuése al instante para él, y díxole: sal fuera, Demonio, que Antonio lo manda; pero advirtiéndole, que con tal diligencia el enemigo aún se resistía, se subió á lo alto de un peñasco, donde los ardores del Sol no había quien los aguantara, y dixo á Dios de este modo: Señor, vos sabeis, que yo ni comeré, ni beberé, ni baxaré de este risco, hasta que se vaya para los abismos ese Diabolo, que manda mi Maestro Antonio que salga; con cuya oracion tan simple, dexó libre Satanás á aquella criatura.

Hizo el referido Pablo en cierta ocasion la pregunta, de si los Profetas fueron ántes ó despues de Jesuchristo; por cuya simpleza, le mandó callar su Maestro San Antonio, y en tres años no habló una palabra aún asíquiera.

Uno de los célebres hombres de aquel tiempo, fué San Macario Alexandrino, de cuyos prodigios no es fácil su relacion en un Compendio: espantó á los Monges Tabesionitas, permaneciendo en pie y sin comer, en un rincón de su Monasterio, toda una Quaresma entera; hasta que Dios reveló á San Pacomio, quien era aquel, que habia recibido como Novicio.

Picando á este santo Anacoreta en cierta ocasion un Mosquito, levantó sin reflexa la mano y lo mató; pero

atribuyendo despues aquella muerte á su intolerancia y poco sufrimiento, se retiró á un lugar casi inhabitable del desierto, por los innumerables Moscos, Tábanos y otras sabandijas llenas de veneno, y permaneció allí desnudo el espacio de seis meses, padeciendo terribles angustias y tormentos.

Considerando este venerable hombre, que aun sin embargo de su áspera vida y dura penitencia, le hacia guerra su cuerpo, llenó un costal de arena, y poniéndolo sobre sus hombros, andaba con tal carga de unas partes en otras del desierto: preguntóle el Monge Teosebio, qué quería dar á entender con aquello, y respondió atormento á quien me atormenta. *Palad.*

¿En qué consiste, Padre, preguntó un Monge á San Macario, que en el desierto apenas puedo sufrir la hambre un día entero, quando aguantaba toda una semana el ayuno estando en el Monasterio? En que aquí no tienes testigos de tu ayuno, respondió el Santo, que te nutran y sustenten con sus alabanzas y elogios; y los dedos de los hombres, con la refeccion de la vanagloria, te satisfacía y llenaba en el Monasterio.

Fué San Hilarion, con tres mil Monges que le acompañaban, á visitar á un Ermitaño llamado Saba, el qual, despues de hechar la oracion acostumbrada, les dió licencia para que entraran á comer ubas en una Viña pequeña, que él mismo cultivaba; y quedando al parecer perdida, dió aquel año trescientas cántaras de vino, quando en otros apénas llegaban á ciento. *In vit. S. Hilar.*

Hizo comer consigo un santo Obispo á S. Hilarion Abad, y habiéndole ministrado un plato de aves, se excusó de comerlas diciendo: despues que recibí el hábito de Monge, nunca comí carne: pues ni yo, despues que recibí el hábito clerical, replicó el Obispo, permiti

que alguno se acostase á dormir teniendo quexa de mi; ni yo de él: perdóname, Padre, dixo entónces San Hilarion, pues sin duda eres mas perfecto, que yo. Amenazaron de muerte á San Hilarion ciertos Ladrones, y viendo que no mostraba sentimiento alguno con tan terrible amenaza, le dixerón: pues qué, hombre, ¿no temes la muerte? El que está aparejado para morir, repuso el Santo, no teme la muerte.

Sin embargo de todo esto, al tiempo de morir este santo Abad, comenzó á temblar; y hablándose á sí mismo decia: Sal, alma mia, ¿porqué temes, habiendo servido setenta años al Señor? Qual pues, será el temor y espanto de aquellas criaturas, que han empleado toda la vida en servir al Demonio, bebiendo como agua la iniquidad.

Quando San Atanasio fué á Roma, le acompañó un Ermitaño llamado Amonio, el qual, en todo el tiempo que estuvo en aquella gran Ciudad, no levantó los ojos para ver cosa alguna de ella, sino la Iglesia de S. Pedro.

Por no ser Obispo este venerable hombre, se cortó la oreja derecha; instaron los Mensageros, que aun sin embargo de haberse mutilado, la Ciudad lo pedia para su Obispo, y les aseguró con juramento, que si persistian en esa demanda, se cortaría la lengua: cuya resolucion los dexó atónitos, y se vieron precisados á dexarlo; que exemplar tan terrible para aquellos ambiciosos, que combueven hasta las entrañas de la tierra para lograr una Mitra, quando solo su nombre espanta á los que leen á menudo y con reflexion las Epístolas de San Pablo á sus Discípulos Tito y Timoteo! *Histor. tripart. lib. 8.*

Preguntando á San Arsenio, porqué evitaba tan extremadamente el trato y conversaciones de los hom-

bres, respondió: porque no puedo estar á un mismo tiempo con Dios y con ellos: y este tan verdadero y justo motivo, hizo vivir á San Pablo noventa y siete años en el desierto, setenta á San Onofre, y quarenta á muchos, sin ser conocidos de nadie hasta su muerte.

Hizo el Abad Arsenio una pregunta á cierto Anciano, relativa á sus pensamientos: ¿ como tú, Padre, le dixo uno de los circunstantes, que eres tan docto en las lenguas Griega y Latina, haces esa pregunta á este ignorante Viejo? La erudicion Griega y Latina (respondió San Arsenio) en quanto al siglo, la aprendí; pero el Alfabeto de este Rústico, aun todavía no he podido aprenderlo.

San Serapion, Padre en Arsinoe de diez mil Monges, dió en cierta ocasion la túnica y la capa á dos Pobres; quedándose desnudo con un libro de los Evangelios en la mano: preguntáronle los que así le vieron, quien lo habia dexado de aquel modo; y respondió mostrándoles el libro: Este.

Este insigne Abad de Arsinoe, se vendió por esclavo en cierto tiempo en una casa principal de Infieles; y habiéndolos convertido á Jesuchristo, les volvió el precio, y se vendió en otra, donde hizo lo mismo, llegando á convertir gran parte de la Ciudad, por este medio.

Pidió un Monge á Dios le diese á entender algo de aquellas inefables dulzuras, que gozan los Santos en el Cielo; y se le apareció en la Selva un Paxatillo (seria algun Ángel) cuyo dulce canto estuvo oyendo trescientos sesenta años, sin comer, dormir, cansarse ni envejecerse él ni su vestido. *Prompt. Exempt.*

Puso los ojos en San Efrén, Monge de la Syria, una Mujer de mala vida, lo que advertido por el Santo

le dixo: ¿ no te avergüenzas de mirarme siendo hombre? A mí, que soy muger, respondió con gran libertad y agudeza; no es reparable el que mire al hombre, pues salí de él; y fui formada de su costilla; mas á ti, que eres varon, te conviene mirar á la tierra, de que fuiste formado; palabras á la verdad, que sirvieron al santo Monge de grande edificacion.

Reprehendió un Monge anciano á otro joven, porque lo vió entrar en casas libres y sospechosas: cesen tus razones, buen viejo, le replicó el mozo, pues Dios no quiere sino corazones limpios: levantó entónces el anciano las manos al cielo; y dixo: gloria sea dada á ti, Dios mio, pues yo con cincuenta y cinco años de desierto en la Seytia; no tengo el corazón limpio; y tiénele este frequentando tabernas y bodegones.

Preguntó el Abad Juan al Anacoreta Pesio, qué provecho habia sacado en los quarenta años que vivia en el desierto: el Sol, que todo lo ve, dixo; nunca me vió á mí tomar algun alimento: ni á mí me vió jamas airado, replicó el otro.

Entre las injurias é indignos tratamientos, que hacian ciertos Paganos á un Ermitaño Alexandrino, le decian por afrenta, y ofiéndose del Viejo: Ba decláranos, ¿ qué milagros hizo Christo tu Dios? No es pequeña maravilla, dixo él, sino muy grande milagro, el que yo no pierda la paciencia, ni me descomponga con las palabras injuriosas que me decís, y graves perjuicios que me hacéis.

Disputaban quatro Anacoretas en el desierto sobre la principalidad de las virtudes, y qual merecia la preferencia en el concepto de ellos: el uno decia, que la humildad; el otro, que la paciencia y sufrimiento; el oitro con gusto hablar de Dios, decia el tercero; y á la ora-

cion daba la preferencia. el último: puestos en esta para saber la verdad, del cielo, oyeron una voz, que decía: el primero, me ha hallado: el segundo, me tiene: el tercero, me ha ligado consigo; y el quarto, me lleva donde quiere.

Conducido cierto Ermitaño por un Angel, vió en la puerta de una Ciudad sentado á un solo Diabolo, y en uno de los Monasterios á un Demonio al lado de cada Monge; rogó, al Compañero le decifrase aquel misterio, y le dixo: en aquella Ciudad casi todos, cumplen la voluntad del Demonio, y por eso, uno solo basta; mas en el Monasterio, que has visto, todos son buenos, y por lo tanto, es, necesario un Diabolo para cada uno. *Guill. Peral. Summ. Virt.*

Decia el Abad Ipericio, que aquel es verdaderamente sabio, que acompaña las palabras con las obras; porque el que enseña y no obra, es semejante al pozo, de donde todos sacan agua para lavar sus manchas, y él se queda en su fondo, con la espurcicia y el lodo.

Viendo el Abad Pambo, en la Ciudad de Alexandria á una Muger pública, se echó á llorar: ¿porqué Horas, Padre? le preguntó el que le acompañaba: lloro, dixo, la perdicion de esa Muger; y el que no pongo yo tanto esmero y cuidado en agradar á Dios, quanto pone ella en agradar y complacer al mundo.

Aparecióse el Demonio, transformado en Angel de luz, á un cierto Ermitaño, y le dixo: yo soy Gabriel, enviado á ti para tu alegría y consuelo: mira no te equivoques, respondió el Solitario, y seas enviado á otro, porque yo no soy digno de que me visiten los Angeles del cielo: oídas cuyas palabras, desapareció al instante el infernal enemigo.

A otro Anacoreta se presentó el Príncipe de las tinieblas rodeado de ingente claridad, diciéndole, que era

Jesuchristo su Redentor: cerró el Monge los ojos al oír tales palabras; y preguntándole el Demonio, porqué los cerraba; respondió: porque yo no quiero ver á Jesuchristo en esta vida, sino en la otra: lo que apenas acabó de proferir, quando se convirtió en humo y fetor toda aquella claridad.

En el Monasterio del Abad Teognosto trabajaba un Anciano sus cestas de mimbre; é iba rezando al mismo tiempo el Psalterio; quando de repente se apareció el Demónio en figura de un niño Eriope, y comenzó á bailar delante de él con la mayor destreza y garbo; pero advirtiendo, que el Monge ni lo miraba, ni hacia caso: mira; Viejo, le decía, con qué primor brinco y salto: ea levanta esos ojos, y verás qué lindamente danzo; mas viéndose por último despreciado, le dixo estas palabras: ¿piensas, maldito Viejo, que haces una cosa grande? Pues sabe, que has errado los Psalmos 65 y 66. Oído lo qual, se postó en tierra aquel Anciano, y pidió perdon á Dios de sus descuidos y yerros.

El Abad Mucio, de Gentil fué un insigne ladrón, pero convertido á Jesuchristo, y hecho Ermitaño, llegó á un grado de santidad tan eminente, que en cierta ocasion mandó al Sol se parase, y le obedeció. *Mar. lib. 2.*

En la Isla Palmaña habia un Solitario llamado Venerio, que se mantenía con yerbas y frutas silvestres: quiso éste en cierta ocasion hacerse Agricultor con una poquita de cebada que tenia, y en el mismo dia cabó y compuso la tierra, sembró la cebada, y cogió su fruto.

Habiendo ido Alexandro, Abad de Calamón, á visitar á Paulo Teladio, le vió dar pan y garvanzos á un ferocísimo Leon: ¿para qué, Padre, le dixo Alexandro, das de comer á esa bestia? Estamos de concierto, le respondió, en que no dañando á hombre alguno, he de dar-

le cada día esta ración, y hace ya siete meses que viene por ella. Llegaron á la celdilla de cierto Ermitaño unos Ladrones, y le dixeron: venimos á llevarnos quanto tienes: llevad, hijos, les respondió aquel venerable hombre, quanto quisieredes. Cargaron en efecto con todo, y se fuéron: ya iban distantes, quando divisaron al Viejo, que caminaba á toda priesa en busca de ellos, y habiéndoseles aproximado les dixo: tomad, hermanos, este costal, que os dexabais olvidado; de cuya paciencia y desinterés admirados aquellos malvados hombres, se lo devolvieron todo, confesándolo por un Santo.

El santo Anacoreta Evagrio, habló una palabra de murmuración estando en el desierto, y fué tal su dolor por ese leve pecado, que se impuso la penitencia de estar quarenta días al Sol y al sereno; y la cumplió con tanta exactitud, que no faltó una hora del tiempo señalado. Consideren esto aquellos Penitentes delicados, que aun con graves culpas, se les hace insoportable un rato de oración, ó un ayuno.

Decían los Abades Pastor y Agatón, que mientras más se mira el hombre dentro y fuera de sí mismo, conoce que no hay en él cosa que no se pueda beberse, sino muchas para humillarse: y que así como la humildad conserva la paz, así la ira levanta pleytos y discordias; y por eso los iracundos son odiosos á Dios y á los hombres.

En el Monasterio de S. Ysidoro, levantó un Monje por envidia falso testimonio á San Raphueto; pero apenas acabó el Santo de cumplir la penitencia que le impusieron, se apoderó el Demonio del envidioso, al qual no lo dexó libre, hasta que confesó á Yoerés su culpa, y rogó á Dios por él el Hermano ofendido. Si se verificaran ahora estos castigos tan pronto por seme-

jante delito, no nos entenderíamos seguramente con tantos Diablos.

Padecía un Monje gravísima tentación de sueño al entrar en el Coro á rezar con sus Hermanos, sin que alcanzasen las diligencias y arbitrios que se tomaron para su remedio: mandóle pues, un Confesor discreto, que rezase de antemano el Oficio Divino, y le impuso por penitencia, que al entrar en el Coro, hiciese vivas diligencias por dormirse, y desde aquel instante no pudo dormir jamas, y la tentación se acabó.

Visitó un Ermitaño á otro para conferir con él ciertos puntos tocantes al alma: aderezó éste una olla de lentejas para regalar á su huésped, el qual, hablando con él dos días enteros con sus noches de las perfecciones de Dios, y felicidad que previene á sus escogidos, se despidió y se fué: advertido por el otro, que no habian tocado las lentejas, se entristeció y dixo: ¡ay pobre de mí, y como nos olvidamos de comer!

Atormentaba el Demonio al Abad Alexandro Cilico, ya cercano á la muerte; y esforzando quanto le fué posible su espíritu, le dixo de este modo: tarde has venido, infeliz, pues mi gravísima ancianidad me tiene sin fuerzas: si fueras valiente, sesenta años ha habias de haber venido; y te daría á entender con el favor de mi Señor Jesuchristo, quien eras tú y quien era yo; pero dentro de diez días, te acusaré en presencia de mi Dios del manifesto agravio que me haces despues de tantos trabajos: en efecto, pasados los diez días murió.

Acudió un Labrador al Abad Apolo, para que le ayudase á sacar un Buey de un lugar cenagoso: ¿por qué no fuiste á mi Hermano, le dixo, que está mas cerca de tu labranza que yo? Porque ya hace quince años que está muerto, respondió: pues yo hace veinte que lo

estoy, replicó Apolo; y este era el tiempo que llevaba el hábito de Monge.

Hablaba á cierto Anacoreta una Muger, con quien habia tenido tratos nada regulares ántes de su conversión; y viendo, que no le hacia caso, alzó la voz; y le dixo: mirad, que soy Juliana; pues yo no soy Fulano; respondió él, significando en esta expresion la mudanza de su vida.

En otro tiempo, decia un Monge á cierto Huésped, recibia este Monasterio hasta Obispos con el mayor regalo, y ahora apenas podemos hospedar á un Peregrino por falta de haberes: Sabed, dixo el Forastero, que la causa de vuestra pobreza no es otra, que el haber echado fuera de este Convento á dos Monges, llamado el uno *Dad*, y el otro *Daros*; dicho lo qual desapareció.

Hallándose en la plaza de Fenicia el santo Ermitaño Simeon, hería con su báculo algunas columnas, diciendo: estas quietas, que presto saltareis. En efecto, sobrevino un gran terremoto poco tiempo despues, en el qual quedaron todas por tierra, ménos las que Simeon tocó.

Llamaron al Abad Moysés para que sentenciara á un Monge reo de cierto delito: fué para allá con un gran costal de arena sobre sus hombros, y preguntándole, que quería dar á entender con aquella navidad, respondió: con estos mis propios pecados, de los que si apenas puedo sufrir su peso, ¿como he de juzgar los ajenos?

Juan, Andrés, Tadeo y Felipe, Anacoretas de insigne santidad, solo comían los Domingos un pan, que les ministraba un Angel: sucedió pues, que yendo á visitarlos San Pafreccio, y hallándose allí á la hora de la refección, se apareció el Angel con cinco panes, para cada uno el suyo.

Preguntó Mosco Evirato al Abad Cosmas, qué provecho habia sacado en los treinta años, que habitaba los desiertos: tres cosas, le respondió, he aprendido en la soledad, no reír, no mentir ni jurar.

Hicieron mal juicio ciertas Personas de un Ermitaño tan viejo como santo, lo que advertido por él les dixo: muerto que sea, ponéd sobre la sepultura mi báculo, y si no se hiciere árbol; y llevaré flores y frutos, creed de mí lo que quisieréis: pusieron de factó en execucion su mandato; y se verificó quanto habia profetizado aquel santo Anciano.

Aquel celebrado Monge llamado Juan, tenia su cueva en un despeñadero de cierto monte de Egipto; en la qual, jamas dió entrada á nadie: rogóle un Tribuno de Alexandria, diése lugar á que su Muger lo visitase, y no lo consintió; ántes sí le prometió, que se le apareceria en sueño, como de factó lo executó.

Preguntaron al santo Ermitaño Doroteo, porqué trabajaba tanto sin necesidad alguna, en medio de los ardores del Sol; y respondió: me mata el cuerpo, y por eso yo lo mato á él.

Robaban ciertos Ladrones muy á menudo el Monasterio del santo Amón, y penetrando éste un día el interior del desierto, mandó á dos Serpientes que le acompañasen, y las puso á las puertas del Monasterio, para que lo custodiasen; cuyo ministerio cumplieron con tanta exactitud, que no solo impidieron los latrocinios, sino que aterrados y exánimes aquellos hombres con tan terrible aspecto, enmendaron de tal forma su vida, que llegaron á hacer milagros.

Un Ermitaño Joven hurtaba muy á menudo á un Monge anciano todos sus comestibles, por cuyo motivo tenia el pobre Viejo que doblar su trabajo, para no mo-

rirse de hambre. Llegóse á este la hora señalada á todos los mortales, y entrando en su celdilla el Ladrón con otros muchos Hermanos, le mandó el moribundo se aproximase, y tomándole las manos, las besaba y decía: gracias doy, Hermanos míos, á estas manos, pues por ellas voy á tomar posesion del Reyno de los cielos.

Preguntaron ciertos Monges de la Scytia al Abad Copres, que sentia acerca de la Persona de Melquisedech: Ay de tí ¡ó Copres! les dixo, que dexas de hacer las cosas que Dios te manda, y presumes escudriñar aquellas que no te pide! oído lo qual se fueron.

Preguntó un Filósofo al Solitario Teodoro, que quien no habia nacido en el mundo, y habia muerto; quien habia nacido, y no murió; y quien finalmente de los nacidos murió, y no se corrompió: Adán, le dixo, no nació, y murió; Henóch nació, y no murió; y la Muger de Loth murió, y no se corrompió: por lo que te doy ¡ó Filósofo! el consejo, de que te conviertas á Jesuchristo, y te dexes de questiones inútiles.

Quiero irme donde no me vean los hombres, le dixo el Monge Longinos al Abad Lucio; si no corriges primero la vida, respondió éste, conversando con los Monges, no podrás despues cortegirla estando solo.

Para aprender silencio el Abad Agatón, llevó una piedra en la boca tres años continuos; y el Abad Arsenio decía, que de hablar, las mas veces se arrepintió; pero de callar, ninguna.

Levantadas las paredes de una celdilla por el Abad Brocha, pidió á un hombre poderoso de Selencia llamado Anatolio, madera para cubrirlas: ves abí, le dixo éste enojado, un madero, tómale; y aunque era una viga, que podia servir para entena de un navio, la cargó sobre sus hombros como si fuera una vara ligera.

Llamó el Abad Juliano á su Discípulo Paneracio, y le dixo: Ve á la parte del Austro, y dile á un Leon que hallarás allí, y hace en la tierra tan terribles estragos, que el humilde Abad Juliano le manda en nombre de Jesuchristo, que se ausente de esta Provincia al instante: hizolo así Paneracio, y sin demora alguna se fué el Leon para otra parte.

Robaron unos Ladrones á cierto hombre, que llevaba doscientas libras de plata á San Beroardo, para edificar un Monasterio; lo que sabido por el Santo, dixo: bendito Dios, que me ha librado de tan gran carga.

Tratando unos Amigos con el Abad Pedro, y lamentándose de su desgracia, por haber perdido uno de sus ojos en cierta enfermedad que tuvo, les dixo con tin semblante bastante apacible y rispeño: vivo contentísimo, porque de dos enemigos que tenia, ya estoy libre del uno.

Acusaron á un Religioso ante el B. Jordán, de que habia dado la mano á una Muger al despedirse de ella: defendióse el Predicador diciendo, que la Muger era buena, y su intencion nada mala: la agua que baxa del cielo, dixo el V. Padre, es buena; y la tierra sobre que cae, es buena tambien; pero juntándose estas dos cosas buenas, se hace lodo.

Decia un santo Abad, que si en nuestra vida no hubiera esperanza de cielo, seria ella poco ménos que un Inferno: y á la verdad, Jóvenes, ¿qué es la vida del hombre, sino una saeta que vuela; un rastro que dexa el Cometa; un rio que corre á la muerte con violencia; un humo que al instante se disipa; un sueño que nos engaña; un dolor que nos lastima; una miseria que nos perturba; y una fatiga continuada y perpetua?

Breve noticia de la antigüedad de las principales Religiones.

DESPUES que en el siglo quarto se dió á conocer en el Occidente el Instituto Monástico, la primera Regla (dada á Mugeres como parece por ella misma) fué la de mi Gran Padre San Agustin: la segunda fué la de San Benedicto, cuya Religión se fundó á principios del siglo sexto: Los Camaldulenses por San Romualdo, el año 1022: La de Valle-umbrosa por San Juan Gualberto, en 1030: La de los Cartujos por San Bruno, en 1086: El Cister por el Abad Roberto, en 1096: Los Premostratenses por San Norberto, en 1116: La de mi Padre Santo Domingo, cuyo sagrado Escapulario visto, en 1216: La de mi Padre San Francisco, en 1223: La de Padres Agustinos, en 1245: La de San Gerónimo por el B. Pedro Banguarta, en 1380: La de Mínimos por San Francisco del Paula, en 1474: La de Teatinos, en 1524: La de Capuchinos en 1525: La de San Juan de Dios, en 1572: La del Carmen Descalzo, en 1592: La de Agonizantes ó Camilos, en 1586: La de los Escapulapios por San Joseph Calasancio, en 1621.

La Orden de Caballetes de San Juan, en 1119: La de Calatrava, en 1158: La de Santiago, en 1175: La de Alcantara, en 1176: El Orden Teutónico, en 1191: y la de Montesa, en 1317.



CAPITULO XIX.

De los Hereges.

NO consta con certeza, que Nicolao, uno de los siete Diáconos, fuese el autor de la heregía de los Nicolaitas, como es cierto, que Judas fué el Príncipe de los Hereges Sacramentarios, y Simón Maga de los Simoniacos: este último, se predicaba baxado de los cielos como Hijo de Dios, para los Judios; como Padre, para los Samaritanos; y para los Gentiles, como Espíritu Santo. *S. Joan. Chrisost. hom. 46. in Evang.*

Menandro, Discipulo de este malvado hombre, tuvo tambien el atrevimiento de predicarse baxado de los cielos, para la salud de todas las Gentes. *San Jeronimo. lib. 1. de Cento,* negó que Dios fuese el Criador del mundo; y con Ebion, quitó la Divinidad á Jesuchristo Señor nuestro; contra cuyo error escribió San Juan su Evangelio, *in principio erat Verbum.*

Los Gróseos, Hereges del segundo siglo, adoptaron los errores de los antereferidos; y aun pasaron adelante, afirmando, que no tomó verdadera carne Jesuchristo, ni nació de Maria Santísima.

Pródico, fué el autor de la horrible heregía de los Adamitas; Gentes verdaderamente sin pudor y vergüenza, y cuyas brutales acciones llenarian de horror é indignación á los Jóvenes, si me fuera licito el referirlas.

Los Cainitas, fueron unos Hereges tan soces y bárbaros, que adoraban á Cain y á Judas.

Carpócrates Alexandrino, hombre torpe é insensato, entre los muchos errores que esparció en el mundo, uno de ellos fué, defender la transmigracion de las al-

mas; y el otro, negar la resurreccion de la carne.

Saturino y Basíldes, Discípulos de Menandro, fueron tantos y tan monstruosos los errores que enseñaron, que excedieron en iniquidad á su Maestro.

Los Cerdonianos y Marcionistas, establecieron el sistema de dos Dioses; negaron la salvacion de los Patriarcas y Profetas, y defendian acerrimamente la eterna felicidad de Cain, Datán, Abiron y Sodomitas.

Apelles, admitió la indiferencia de Religiones, y á este solo Autor parece que leen muchos en gran parte de la Europa; pero el infeliz éxito de tan desgraciado proyecto, les hará abrir los ojos, si es que ya no los han abierto.

Valentino Egipcio, aseguraba la existencia de treinta Dioses y dos Christos; y Taciano, Principe de los Encratitas, negó el Matrimonio; el uso de la carne y del vino, y la salvacion de Adán.

Montano cerró las puertas de la divina Misericordia al Pecador, negando el perdon de las culpas cometidas despues del Bautismo; á cuya cruel é infante secta, se agregó el insigne Tertuliano.

Los Artoyritas, eran unos Hereges tan idiotas y estrafalarios, que mezclaban Queso con el Pan Eucaristico, y ordenaban á las Mujeres de Sacerdotes y Obispos.

Otro de los desesperados Hereges, que negó el perdon de los pecados cometidos despues del Sacramento de la regeneracion, fué Novaciano: Sabelio destruyó el Misterio de la Santísima Trinidad; Paulo Samosateno, negó la Divinidad de Jesuchristo; y Manes, Herege tambien del tercer siglo, estableció dos Principios, uno bueno y otro malo.

Arrio, Sacerdote Alexandrino, y oriundo de la

Libia, negó en el quarto siglo, la consubstancialidad del Verbo divino con el Padre: sus principales sectarios fueron Aecio, Acacio, Eunomio y Eudoxio.

Macedonio, negó la Divinidad del Espíritu Santo: Photino, Gálata de Nacion, la Trinidad de Personas en Dios; y los Apolinarios Padre é hijo, que el Verbo tomase carne de María Santísima con alma.

Prisciliano, entre otros muchos errores, enseñó, que la alma era una porcion de la divina substancia. Los Antidicomarianitas, se declararon contra las excelencias, prerrogativas y santidad de María Santísima; mas los Coliridianos, la adoraban por Diosa.

En el quinto y sexto siglo, hubo unos Hereges tan malvados y perniciosos, que dieron que hacer mucho á la Iglesia: Pelagio, Monge, negó el pecado original, y la necesidad de la gracia para obrar bien.

Nestorio, Patriarca de Constantinopla, quitó á María Santísima Señora nuestra el verdadero y sublime titulo de Madre de Dios, distinguiendo en Jesuchristo dos hijos.

Eutiques, Sacerdote Archimandrita, defendía con terquedad, que en Jesuchristo no habia mas naturaleza que la divina, dexándolo con este error, impassible é inmortal.

Helvidio, negó la Virginidad de la Reyna de los Angeles despues del parto: Joviniano, impugnó la Virginidad y la Continencia; y Vigilancio, (Dormitancio lo llama San Gerónimo) se declaró contra los Santos, contra el Celibato, y contra el Orden Monástico.

Mahoma, Herege del siglo séptimo, cuyas heregias y monstruosos disparates no hay voces con que explicarlas, fingió un Paraiso despues de esta vida lleno de delicias carnales, para sus brutales sectarios.

Los Paulicianos, verdaderos Maniqueos, declararon la guerra á la Santísima Cruz, que es la única esperanza y gloria del Christianismo.

Los Monotelitas, quitaron á Jesuchristo la voluntad humana, y le dexaron solamente la divina con su operación correspondiente; de cuyo asombroso error, fueron los Patriarcas Ciro, Sergio y Macario, Obispos.

En el siglo octavo de la Iglesia, declararon guerra á las Imágenes, y persiguieron cruelmente á sus adoradores, los Emperadores de Oriente León Isauro, y Constantino Copronimo su hijo.

Felix y Elipando, tuvieron la osadía de defender, que Jesuchristo Señor nuestro era hijo adoptivo de Dios; y Berengario, la de negar la presencia real del Cuerpo y Sangre de Jesuchristo en el Sacramento de la Eucaristia.

Tanquelino, Herége del siglo duodécimo, se predicaba el hijo de Dios; y Pedro Bruis, Waldenses, Pobres de León &c. salieron predicando contra los Sacramentos, contra la veneracion y culto debido á los Santos, y contra la Iglesia Católica.

En el siglo trece y catorce aparecieron los Estadings, hombres tan desesperados y crueles, que tenían por Maestro al Demonio, creían en él, y esperaban, que volvería á su gloria, y precipitaria de ella al Señor: estos perversos Heréges desterraban, perseguían y atormentaban á todos los Eclesiásticos.

El Anglicano Wicléf, enseñó mas de trescientos errores, aunque el Concilio Constanciense solo numera quarenta y cinco de los mas principales, uno de los quales es, que Dios debe obedecer al Demonio (¡que horror!): es la fuente de los Luteranos, Calvinistas, Husitas, y otra infinidad de hombres pestíferos, que tienen corrompida

gran parte de la Europa: el dementado Hús, estaba que su alma fuese á parar donde estaba la de Wicléf, y lo consiguió, pues se lo llevaron los Demonios.

En el siglo diez y seis apareció aquella espantosa nube de Martin Lutero, Discípulo queridísimo del Demonio, con quien se habia comido á la mesa (según lo afirma él mismo) mas de medio almud de sal: con los tumultos que originó, y escritos abominables y desvergonzados que publicó, movió una furiosa persecucion contra la Iglesia: de tan asquerosa fuente, salió el inmundado arroyo de los Anabaptistas, llamados así, porque se burlaban del Bautismo de los párvulos.

El Francés Calvino era de un genio tan melancólico, árido y taciturno, que decían los Ginebrinos, que mas bien querían estar con el festivo y jocoso Teodoro Beza su Discípulo, en los Infernos, que con Calvino en el Cielo: trastornó todos los Estados con 1400 errores, que se hallaron en sus obras, siendo uno de ellos, que Dios era cruel, pues mandaba cosas imposibles á los hombres.

Juan Brencio, celebrado Doctor y Antesignano de los Wiquistas, defendía con ardor, que en virtud de la union hipostática del Verbo divino con la naturaleza humana, la humanidad de Jesuchristo estaba en todas partes.

En el siglo 17 se dexaron ver los Lucilos Vaninis, y Benedéctos Espinosas, que negaron hasta la existencia de Dios; los Antonios de Dominis, los Richerios, Borriles y otros muchos, difundiendo escritos injuriosos contra la Iglesia y Romano Pontífice; y el Príncipe de los libertinos por último llamado Antonio Pocquio, defendiendo, que la libertad christiana consistía, en que todas las cosas, sin exceptuar ninguna, eran lícitas al hom-

bre: bendito sea Dios, que libró á España de criatura tan abominable, y que tiene sin embargo tantos seclarios en el mundo.

De los errores y lamentables desórdenes del siglo décimo octavo, no me parece necesario advertir cosa alguna, quando las lágrimas, que aún se desprenden de nuestros ojos, dán á entender con bastante claridad, el dolor que nos ocasiona la resurrección de la mayor parte de las heregias antiguas. La advertencia si, ¡ó Jóvenes! que no puedo prescindir de mi obligación es, el que no os dexéis llevar del furioso viento de falsas doctrinas, ni os entreguéis á la direccion de unos ciegos, que vendrán á dar con vosotros en un cierto é inevitable precipicio. Jesuchristo, amados míos, es el Camino, la Verdad y la Vida: seguidle por la estrecha, única y segura senda de los trabajos y las lágrimas; y si quereis ser verdaderamente sabios, temed sus terribles juicios sobre los hijos de los hombres, mayormente sobre aquellos, que instigados puramente de una luciferina malicia, corrompen con sus falsos dogmas la Religion Católica. Poned, si dudáis de esta verdad, vuestra vista, en un Simon Mago, y lo vereis hecho víctima del divino furor, quando volando como otro Dédalo por los aires, lo precipitó de aquella altura hasta los suelos, donde quebradas las piernas, murió desesperado. Traslada la de objeto tan lastimoso á los Arrios, Manes, Priscilianos y Nestorios, y vereis al primero, arrojando en un excretorio sus entrañas, y embuelta en ellas su abominable alma; desollado vivo al segundo; degollado el tercero, por el Emperador Máximo; y desterrado á un desierto por el Joven Teodosio el último, donde murió rabiando, y comida su execrable y maldita lengua de gusanos. Volved vuestros ojos hacia un condenado Wicléf, y lo vereis desenterrado

por mandato de un general Concilio, quemados sus huesos, y arrojadas sus cenizas al profundo de las aguas. Mirad á un Zuinglio, muerto en una batalla, y quemado su cuerpo; á un Lutero, hallado muerto al lado de una Muger consagrada á Dios en el Monasterio de Torgobia, y con un rostro tan espantoso y formidable, que nadie podia mirarle sin llenarse de horror; á un Ecolampadio, llamado de repente al Tribunal severo de Jesuchristo; á un Buzero, ahogado por el Demonio en su misma cama; y ved finalmente al Francés Calvino, exhalingo su último aliento en Ginebra, desesperado, maldiciendo su vida y sus escritos, comido de gusanos, despedazándose á bocados sus carnes, y arrojando por su boca contra el Altísimo las blasfemias mas terribles y escandalosas. ¿Pero qué me canso en referir exemplares? quando son testigos los cielos y la tierra, de que todo Herege, como separado de la Comunión de la Iglesia Católica Apostólica Romana, finalizado el instante fugitivo de esta vida miserable, descende á la manera de un peñasco al profundo de los abismos, donde ¡qué horror y espanto sorprende á mi corazon al escribirlo! donde en vano se llora, suspira y lamenta; donde no hay otro alimento, que unos bocados de eterna desesperacion, ni otras bebidas, que fuego, azufre, y el espíritu de las borrascas; donde, en perpetuas eternidades, no resplandecerá otro rayo de luz, que el suficiente para aumentar el tormento y la pena; donde habitarán esos infelices Heresiarcas con los ardores sempiternos, y lucharán mientras Dios fuere Dios, con unas vivas y abrasadoras llamas; y donde el horrendo aspecto de los Demonios los conturbará de tal manera, que oprimidos de la desesperacion, poblarán los Infernos de blasfemias contra el Señor omnipotente, que tan justamente los castiga. Alerta pues,

Jóvenes carísimos, no creáis á todo espíritu, y de ningún modo al de esos malignos, que se os presentan con pieles de Ovejas, y en su interior son unos Lobos rapazes; sino permaneced constantes en el temor de Dios, que es el principio de toda sabiduría, detestando de corazón toda doctrina reprobada por la Iglesia, y escudriñando con David muy á menudo los mandatos y justificaciones del Señor, para que mediante su observancia, eviteis desgracias tan inconsolables, y me acompañeis, si es su voluntad, en las alabanzas que espero tributarle eternamente en la Gloria.

CAPITULO XX.

De los Concilios Generales.

Los Padres congregados en Concilios Generales nada pueden establecer ni determinar sin la intervención y autoridad del Romano Pontífice. *St. Thom. cont. impugn. Relig. cap. 4.*

Los Apóstoles celebraron en Jerusalén tres Concilios: el primero, para substituir á San Matías en el lugar que ocupaba en el Apostolado el traidor Judas. El segundo, para la elección de los siete Diáconos; y el tercero, para la abrogación de la Circuncisión y ceremonias legales. En Antioquía, Metrópoli de la Syria, celebraron otro el año 57 de Jesuchristo; aunque algunos lo niegan, otros lo dudan; y otros lo conceden.

Por los años de 325, imperando Constantino el Grande, y gobernando San Silvestre la Iglesia Católica, se celebró en Nicea, Ciudad de Bitinia, el primer Concilio General, al qual concurrieron 318. Obispos, y lo

presidió el célebre Osio, Obispo de Córdoba, Ciudad famosa de Andalucía á las riveras del Bétis, y en cuyo Convento de San Pablo de Predicadores tomó el hábito y profesó: se definió contra Arrio, la consubstancialidad del Verbo divino con el Padre, y se determinó el día en que habia de celebrarse la Pasqua.

Docientos ochenta y quatro Obispos, celebraron el Concilio General Sardiense, año 347 de Jesuchristo, gobernando el Imperio Constancio y Constante, y la Iglesia Julio Primero. Se confirmaron en él las Apelaciones de los Obispos al Romano Pontífice, y en los 24 Cánones que se formaron, se establecen muchas cosas santas y útiles.

Obteniendo el Imperio Teodosio, y la Tiara San Dámaso, se celebró el Concilio General Constantinopolitano primero, en presencia de 150 Obispos, año de 381. Se condenó á Macedonio, que negaba la Divinidad del Espíritu Santo.

En Efeso, se celebró un Concilio General por 200 Obispos, año de 431: fueron anatematizados en él, Nestorio, que decia que María Santísima no era Madre de Dios, sino de Christo; y Pelagio, que negaba la necesidad de la gracia para obrar bien.

Seiscientos treinta Obispos celebraron el Concilio General Calcedonense, año 451: fué condenado en él Eutiques, porque solamente reconocia en Jesuchristo la naturaleza divina.

En tiempo de Justiniano y del Papa Vigilio, se celebró el Concilio General Constantinopolitano segundo, á cuya celebracion asistieron 3 Patriarcas y 165 Obispos: se finalizó el año de 553 de la Era Christiana: se condenaron en él los errores de Orígenes; la persona y escritos de Teodoro Mopsuesteno; los libros de Teodore-